

# El malón de Curiñamcu

## El surgimiento de un cacique araucano (1764-1767)\*

Leonardo León Solís  
Institute of Latin American Studies,  
University of London

A fines de 1766, las villas y fuertes de la línea fronteriza del río Bío Bío fueron nuevamente visitados por el espectro de la Guerra de Arauco. Después de una larga época de relativa paz, una ola de destrucción y muerte rompió temporalmente el sistema de coexistencia que hispano-criollos y las tribus de la Araucanía habían desarrollado en las décadas previas. El antiguo espíritu de confrontación retornó con inusitada fuerza y ferocidad: los indígenas luchaban por detener los proyectos expansionistas de la élite local, y los hispano-criollos trataban una vez más de someter a las tribus independientes y extender la autoridad imperial sobre los vastos territorios del cono sur americano. Bajo nuevas formas se repetía una vez más la dialéctica bélica en otra fase del épico Flandes indiano. Fueron los días del *malón* [guerra, asalto] iniciado por el *lonko* Agustín Curiñamcu.

El objetivo de este artículo es examinar la transformación de Curiñamcu en uno de los principales líderes de los linajes araucanos. Básicamente, es un estudio de política indígena, que pretende reconstruir con datos históricos algunos aspectos de la generación de liderazgo entre las etnias araucanas en la segunda mitad del siglo XVIII.

Para ello se analizarán tres eventos que influyeron en el desenvolvimiento de la ascendencia política ganada por Curiñamcu. En primer lugar, se estudiarán las divisiones que creó la introducción del proyecto de *pueblos de indios* entre los linajes araucanos y la reacción que produjo en los círculos coloniales la explosión de la violencia indígena; luego se bosquejará el carácter que asumieron los conflictos intertribales como consecuencia de la nueva guerra con los europeos. Finalmente, se analizarán las disputas que surgieron entre los caciques gobernadores, sustentadores tradicionales del poder político, y los emergentes *lonkos* encabezados por Curiñamcu.

Metodológicamente, el énfasis ha sido puesto en el mundo indígena, pues fue allí donde se forjaron los eventos que más tarde regularon y dieron el tono a las relaciones hispano-indígenas.

\* Una versión de este trabajo fue presentada en la Conferencia de Latinoamericanistas realizada en la Universidad de Warwick en 1985 y luego en el "Seminario de Historia de América", en la Universidad de Londres. Mis agradecimientos a John Lynch, Guy Thomson, Anthony McFarlane y Rafael Varón por sus valiosos comentarios. La investigación en España fue financiada con fondos del Central Research Fund de la Universidad de Londres.

El 'problema' indígena en Chile en la segunda mitad del siglo XVIII era político y militar. Político en la medida en que la independencia de los araucanos representaba un desafío al poder imperial y una muestra objetiva de las dificultades que enfrentaba la Corona cuando intentaba imponer su autoridad en la periferia. Los habitantes de la Araucanía no pagaban tributos ni servían en encomiendas o mitas mineras, no estaban sujetos a ninguna forma de coerción legal, mantenían la estructura social tribal de antaño y reproducían los antiguos patrones culturales. La poligamia y el paganismo continuaban existiendo en un ambiente que se plagaba lentamente de fugados, criminales y 'mal entrenados criollos'.

Militarmente, los indígenas constituían una constante amenaza contra la seguridad de los poblados y estancias fronterizas, en la medida en que los maloqueros arrasaban los villorrios malamente defendidos, destruían las viviendas, asesinaban a los hombres y se robaban a las mujeres, ganados y propiedades. La Gran Guerra de Arauco era reemplazada lentamente por la guerra del malón, por la 'guerra chica'. Este nuevo tipo de confrontación era periódico y tenía un impacto aun mayor sobre la sociedad hispana, en cuanto afectaba a las zonas ganaderas más ricas, interrumpía algunos ciclos económicos vitales —como las vaquerías y la recolección de sal en las pampas bonaerenses—, desarticulaba el comercio intracolonia transandino y sembraba el terror en los asentamientos situados en la periferia del territorio indio.

En la segunda mitad del siglo XVIII los malones contra las estancias y haciendas adquirieron regularidad, y aumentaron con el paso de los años. Las expediciones depredatorias creaban un espectáculo de anarquía que demandaba un urgente y drástico remedio, especialmente porque generaban un alto grado de militarización de la sociedad fronteriza, provocaban gastos regulares y cuantiosos, distraían los esfuerzos defensivos dedicados a contener potenciales invasores de ultramar, obligaban a desmovilizar la mano de obra para dedicarla a tareas militares. Por sobre todo, la nueva forma de la guerra contribuía al fortalecimiento de la influencia y autoridad de la élite local en el seno de la administración y del ejército colonial.

Las empresas maloqueras, sin embargo, eran sólo parte del problema militar que afectaba a la Corona española en el cono sur americano. Otra dimensión del mismo tenía que ver con problemas más lejanos y cuyos orígenes estaban en Europa. Nos referimos a la amenaza contra el dominio español en el Nuevo Mundo, representada durante el siglo XVIII por Inglaterra y Francia. No es necesario entrar aquí a detallar las diversas instancias en que esta amenaza se cristalizó a través del continente, pero no se puede dejar sin mencionar que, a pesar de la distancia, este problema se conectó con el indígena, en la medida en que ambas naciones consideraron la posibilidad de invadir y establecer una colonia propia en la Patagonia, el archipiélago austral o en las costas de Chile. Peor aún, los proyectistas europeos tuvieron más de una vez en cuenta el estado de independencia que gozaban los indígenas y planearon establecer una alianza militar con ellos.

El Pacto de Familia forjado entre las monarquías de Francia y España eliminó parcialmente a Francia de la lista de naciones rivales que podían aspirar a ganar

1. Esta sección ha sido preparada utilizando la información que presentamos en mayor detalle en otros trabajos; para las invasiones, véase "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Boletín Americanista* (Barcelona) 37 (1987); "Maloqueros, tráfico ganadero y violencia fronteriza en Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1750-1770" (en prensa, 1988); sobre el peligro de ultramar, véase "Los navegantes europeos y los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1570-1790" (en prensa, 1988); sobre guerras intestinas, véase "La corona española y las guerras intestinas entre las tribus de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1750-1800", *Nueva Historia* (London, 1982). Información adicional en Sergio Villalobos et al., *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1982).

territorios en el Nuevo Mundo. Sin embargo, Inglaterra continuó siendo una amenaza. En la búsqueda de nuevos mercados para sus manufacturas, Gran Bretaña forzaba al máximo el sistema legal que regulaba el comercio ultramarino hispano y lo infiltraba a través de sus bases en el Caribe y Nacimiento. Más que ninguna otra potencia europea, los británicos contaban con los recursos navales apropiados y con la voluntad política de romper el monopolio comercial impuesto por España sobre las colonias. De otra parte, como lo habían demostrado sus acciones en Louisiana, Virginia, Carolina del Norte y Florida en Norteamérica y en la costa de Mosquito, los ingleses habían aprendido a manipular a los nativos como auxiliares en sus luchas rupturistas y antipeninsulares. En ambas regiones, los indios se habían mostrado dispuestos a unirse con los "colorados" para derrotar a sus enemigos franceses o españoles. En síntesis, la alianza entre los ingleses y araucanos no era una posibilidad remota ni una quimera, y convenía prevenirla a toda costa.

Esta era la precaria situación que imperaba en el cono sur americano a causa de la independencia que gozaban las tribus araucanas y sus aliados de las Pampas. Sin embargo, para los habitantes de la Araucanía la vida independiente no había significado aislamiento. Por el contrario, por décadas los aborígenes mantuvieron un constante flujo de contactos con los hispano-criollos de Concepción, Valdivia, Mendoza y Buenos Aires, bajo la forma de intercambios comerciales, de relaciones de trabajo y de alianzas militares y políticas. Estas relaciones habían producido un considerable grado de dependencia entre los indígenas respecto a los productos europeos, principalmente el alcohol, la pólvora, hierro, los abalorios y vestidos de paño, además de las tintas para los tejidos y la plata para los orfebres. Más aún, el complejo sistema de relaciones fronterizas contribuyó a modificar sustancialmente el modo de producción indígena, con el surgimiento de unidades de producción orientadas hacia el mercado hispano y la realización periódica de ferias y conchavos. Asimismo, los contactos amenazaban con destruir la unidad étnico-cultural que unía a las tribus. Superficialmente esta amenaza se manifestaba en la adopción de modos de vida europeos, pero a un nivel más profundo se expresaba en la lenta adopción de valores y conductas exógenos a la sociedad tribal y en la cristianización de algunas parcialidades indígenas fronterizas.

Bajo el impacto de las relaciones fronterizas, la sociedad indígena sufría un profundo proceso de fragmentación y de destrucción de los mecanismos tradicionales de cohesión social. El antiguo liderazgo político, encabezado por los jefes de linajes, amenazaba desaparecer bajo el ímpetu de los *lonkos* y capitanes maloqueros, de una parte, y de los *ulmenes* u hombres ricos, de otra. En la medida en que la sociedad tribal contaba con una fuente inagotable de riquezas y prestigio —riqueza representada por las estancias ganaderas transandinas y los mercados de Concepción y Valdivia—, ubicada más allá del control político o social de la jefatura tradicional, el poder de los caciques gobernadores palidecía. Con su mera presencia, el botín que ofrecía el mundo hispano-criollo fronterizo corrompía y desestructuraba continuamente la sociedad tribal.

Desde comienzos del siglo XVIII, los cambios experimentados por la sociedad tribal del cono sur se reflejaron en por lo menos tres procesos globales. En primer lugar, debe mencionarse el notorio aumento de las malocas que se registró desde 1720 en las fronteras de Cuyo, fruto de la transformación del cazador pampino del siglo XVII en maloquero y ladrón. Si bien es cierto que este último fenómeno fue acelerado por la temprana extinción del ganado cimarrón y el surgimiento de estancias ganaderas en Mendoza, Magdalena y Luján en el este, y en la Isla de la Laja en Chile, no es menos cierto que los ataques contra las estancias también estaban inspirados por el deseo de vender o intercambiar los ganados allí capturados, en los mercados fronterizos de Chile o Valdivia o entre los mismos araucanos.

En segundo lugar, debe destacarse un fenómeno directamente vinculado a las



invasiones: las guerras internas entre los habitantes de Araucanía, Patagonia y las Pampas desde 1750. Si bien las causas de estos conflictos eran múltiples y complejas, las malocas e invasiones depredatorias dislocaban aun más el cuerpo social, al ofrecer a los guerreros la oportunidad de adquirir riquezas fáciles y repentinas. Asimismo, la interferencia de los 'conchavadores' fronterizos y la tendencia mostrada por algunos comandantes militares hispano-criollos a establecer lazos de favoritismo con algunos caciques, brindaban una nueva simiente de legitimidad política a los emergentes *lonkos* maloqueros y estimulaban las luchas entre éstos y los representantes tradicionales del poder político tribal. Las guerras intertribales tenían su dinámica propia, pero ocurrían en el contexto cada vez más rico de las relaciones fronterizas. Ya no se trataba de disputas entre indígenas de guerra o indígenas de paz, sino de conflictos entre *lonkos*, *ulmenes* y caciques gobernadores.

El tercer evento era menos violento, pero igualmente importante. Nos referimos a la intensa migración indígena que se registró a partir del siglo xvi desde la Araucanía hacia los territorios de Neuquén, Limay, Bahía Blanca y las Pampas Centrales, fenómeno que se ha englobado bajo el concepto de "araucanización de las Pampas". El desarrollo de la Guerra de Arauco y la introducción de las malocas esclavistas del siglo xvii fueron factores importantes en este movimiento de los nativos que huían hacia el este en busca de recursos y tranquilidad. Durante la segunda mitad del siglo xviii la migración comenzaba a sentirse en las puertas de Buenos Aires; las etnias pampinas independientes se empezaron a ver cercadas, generándose un alto grado de inestabilidad política y militar en la sociedad tribal con el surgimiento de poderosos linajes que controlaban tierras a ambos lados de los Andes.

Estos eran los problemas estructurales y el contexto general en que se desarrolló el malón de Curiñamcu.

### *La primera fase del conflicto*

Los testigos de la época coinciden en señalar que el origen del malón de Curiñamcu se encuentra en el proyecto de pueblos de indios en Araucanía, promovido por el gobernador de Chile, Antonio de Guill y Gonzaga.<sup>2</sup> De acuerdo a las fuentes contemporáneas, Guill y Gonzaga era un hombre de carácter apasionado y religioso, que actuó en los últimos años de su administración bajo el influjo de los miembros más jóvenes de la Orden de San Ignacio. El proyecto de pueblos no era nuevo y se insertaba adecuadamente en la política fundacional auspiciada por la Corona borbona. De acuerdo a esta política, se debía agrupar a la población rural para facilitar la colección de tributos, fiscalizar las transacciones comerciales, regularizar el proceso de formación de la propiedad territorial y 'racionalizar' la vida cotidiana del campesinado. A su amparo habían surgido con relativo éxito una serie de villas y poblaciones a lo largo de Chile Central y se había puesto cierto orden en los pocos pueblos de indios "sometidos".<sup>3</sup>

Inspirado por el éxito alcanzado en esta empresa fundacional y el estado de relativa calma que imperaba en la frontera del Bío Bío, Guill y Gonzaga inició un

2. Ignacio Molina, *The Geographical, Natural and Civil History of Chili*, 2 vols. (London, 1809), 2:123. Sobre el proyecto de pueblos, véase Boris Osses, "Los esfuerzos por integrar en pueblos a los Araucanos en el siglo XVIII", *Revista de Indias* 21, no. 83-83 y ss.; Enrique Silva Vargas, *Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile* (Santiago, 1962); Magnus Mörner, *La corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América* (Estocolmo, 1970), califica el proyecto de extraordinario y temerario.

3. Santiago Lorenzo Schiaffino, *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII* (Santiago, 1983); véase también Gabriel Guarda, *La ciudad chilena del siglo XVIII* (Buenos Aires, 1968); y Rubén Stehberg y Angel Cabeza, "El cacazgo de Malloa", *Nueva Historia* 10.

proceso similar en las tierras araucanas. Para ello revivió una Real Orden emitida en 1752 —y reiterada en 1758—, en la que se sugería la fundación de pueblos indios bajo la tutela de los jesuitas.<sup>4</sup>

Diferentes grupos sociales y políticos estaban interesados en implementar la Real Orden. Los jesuitas jóvenes la vieron como un instrumento que les permitiría imitar la conquista pacífica realizada por la Orden entre los guaraníes, en la medida en que sus misiones servirían de modelo para las futuras villas. Los asentamientos nativos serían reemplazados por reducciones con iglesia y plaza, los caciques gobernadores se convertirían en regidores, se separarían las tierras privadas de las comunales, se crearían dehesas reales y se organizaría una milicia indígena local. Lo que no se había logrado en casi doscientos años de guerra, los jesuitas jóvenes esperaban conseguirlo en un día.

Los hispano-criollos, particularmente los que se dedicaban al comercio fronterizo, estimaron que la fundación de pueblos de indios en la Araucanía les facilitaría la realización de sus negocios, y al mismo tiempo ayudaría al reclutamiento de mano de obra indígena. Bajo la dirección o en sociedad con los jesuitas, podían contar con una economía indígena eficiente y capaz de generar mayores excedentes económicos, destinados a consolidar la emergencia de la economía regional penquista.

El ejército colonial también esperaba cosechar frutos propios, con el establecimiento de su autoridad sobre los inquietos jefes rebeldes asentados hacia el interior de la Araucanía. El alto grado de influencia que habían logrado desarrollar entre las etnias de las fronteras podía ser expandido territorialmente, sin disparar un tiro.

Para la Corona, la pacificación definitiva de los guerreros prometía poner fin a un conflicto caro y anacrónico. Por lo menos se podía esperar que la reducción de los indígenas fortalecería la posición militar de España en el cono sur, eliminando de raíz las posibilidades de una alianza entre los naturales y los enemigos europeos de ultramar.

En una palabra, se estimó que el proyecto de pueblos beneficiaría a todo el mundo.

No obstante, surgieron voces disidentes. Según un escritor de la época, "las personas practicas del pais se reian de este quimerico proyecto".<sup>5</sup> Otro observador anotaba que entre los propios jesuitas había quienes "juzgaban esto no solo por ser imposible sino un paso muy peligroso".<sup>6</sup> Es difícil juzgar si esta disidencia fue fruto de los prejuicios contra los indígenas o si obedecía a una evaluación correcta de la situación política prevaleciente en la frontera. Lo importante es que desde sus comienzos, la política de creación de pueblos de indios sembró divisiones en el reino.

Por sobre todo, un aspecto vital fue olvidado: la opinión de los indígenas. En sus propios fundamentos estaba claro que el proyecto no tendría posibilidades de éxito si los araucanos rechazaban agruparse en villas. También se sabía que, siguiendo sus prácticas ancestrales, los araucanos preferían seguir viviendo en asentamientos pequeños y aislados.

Sin considerar los riesgos, Guill y Gonzaga convocó a las tribus araucanas a un parlamento especial en Nacimiento, durante el cual les presentó su proyecto. La reunión tuvo lugar en diciembre de 1764, y congregó a más de doscientos caciques y

4. "Instrucción que puede tenerse presente en la fundación de los Pueblos que se formen por mandato de S.M. en el Reyno de Chile entre el río Biobío y el Archipiélago de Chiloé, 22 de diciembre de 1752", *Academia de la Historia* (Madrid), Colección Mata Linares, Tomo IX, ff. 331 y ss.

5. Molina, *op. cit.*

6. Felipe Gómez de Vidaurre, "Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile (1789)", en *Colección de Historiadores y Documentos Relativos a la Historia Nacional* 14:278. Colección citada en adelante como CHDHN.

alrededor de dos mil indios. Durante su curso, los caciques gobernadores acogieron cautelosamente la propuesta del gobernador: "ofrecieron llanamente y juraron por el sol —escribió más tarde Guill y Gonzaga al rey— cumplir con todo lo que se les mandaba, i para dar prueba de la verdad con que procedían reservaban el dar respuesta sobre la reduccion a pueblos (a que todos los presentes estaban prontos) hasta que, tratandolo con los demas que no habian asistido, prestasen su consentimiento y no se ofreciese motivo a duda".<sup>7</sup>

La respuesta de los caciques gobernadores al proyecto de pueblos propuesto por el gobernador Guill y Gonzaga fue condicional. De acuerdo a la dinámica interna de la política tribal, los caciques gobernadores no podían dar su aprobación sin antes generar un consenso con los demás segmentos de la sociedad indígena. Especialmente importante era el apoyo que pudieran prestar los *lonkos*, cuya autoridad e influencia había prosperado durante la segunda mitad del siglo XVIII a consecuencia de las fructíferas empresas maloqueras que comandaban en las estancias ganaderas transandinas.<sup>8</sup> Los jesuitas, sin embargo, interpretaron la declaración de los caciques como un truco táctico destinado a ganar tiempo y acumular fuerzas para una nueva guerra.

El acuerdo condicional alcanzado en Nacimiento entre los caciques gobernadores y las autoridades coloniales no fue aprobado por los demás indígenas cuando fue presentado en una "junta de Indios" en Angol. Agustín Curiñamcu, un *lonko* menor del asentamiento de Quechereguas que había reunido un considerable grado de apoyo entre los *conas* o guerreros, y que incluso contaba con su propio capitán, emergió rápidamente como el líder y vocero de los naturales que se oponían al proyecto de pueblos, rechazándolo públicamente. En represalia, Guill y Gonzaga ordenó su detención y dispuso que fuese llevado en cadenas a Concepción, para reportarlo del país.<sup>9</sup> La rápida intervención de los jesuitas y de los demás caciques gobernadores aseguró eventualmente su liberación. Convencido de que sus acciones serían vistas por los araucanos como un acto de magnanimidad, Guill y Gonzaga escribió a España: "Admira la dosilidad a que han llegado estas gentes".<sup>10</sup>

El gobernador de Chile no se equivocaba. A pesar de la oposición interna, los caciques gobernadores continuaron expresando su apoyo al proyecto de pueblos, reiteraron los acuerdos de paz firmados en Nacimiento y solicitaron herramientas y recursos materiales para iniciar la construcción de villas en sus tierras. A través de 1765, el maestre de campo Salvador Cabrito, el comisario de naciones y los capitanes de amigos apostados en la frontera del Bío Bío, sostuvieron reuniones con los naturales de Marbén, Chacaico, Malleco, Quechereguas, Rucalgue, Tucapel, Caitupil, Malguilla, Tirúa, Ranilgue e Imperial, destinadas a finiquitar acuerdos con ese objetivo.<sup>11</sup> En algunas ocasiones los hispano-criollos efectivamente repartieron herramientas, materiales de construcción y ganados para alimentar a los trabajadores indígenas. Como fruto de esas negociaciones se echaron los cimientos de las futuras poblaciones de San Carlos en Angol, San Luis en Huequén y San Miguel en Niminco. El cacique gobernador Juan Yampilleupen, de Purén, resumió en pocas palabras el ánimo que

7. Carta del gobernador de Chile, Antonio de Guill y Gonzaga, al fiscal de la Corte, 1 de marzo de 1765, en *Archivo General de Indias*, Audiencia de Chile, Legajo 240. Citado en adelante como AGI, ACh.

8. Leonardo León, "Comercio, trabajo y contacto étnico en las fronteras de Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800" (manuscrito, 1987); se han analizado los aspectos pacíficos de las relaciones hispano-indígenas en el contexto global de las diferentes fronteras.

9. José Pérez García, "Historia Natural, Civil y Sagrada del reino de Chile", CHDHN 23:386.

10. Guill y Gonzaga al fiscal de la Corte, 1 de marzo de 1767, *op. cit.*

11. "Relación Anónima de los Levantamientos de Indios" (1772?), *Cuadernos de Historia* 4 (1985), con una nota introductoria de Luz María Méndez. El autor de la relación tuvo acceso a la mayoría de los documentos oficiales de la época y en algunas ocasiones parece haber asistido a las reuniones que describe.



predominaba entre los nativos, al manifestar que "la experiencia de sus muchos años le enseñaba no podían los Yndios vivir con alivio sin el ánimo de los Españoles".<sup>12</sup>

No obstante, la sombra amenazadora de Curiñamcu y sus conas no había desaparecido completamente. Por esa razón, el maestre de campo Cabrito urgió a los caciques gobernadores reunidos en Nacimiento en noviembre de 1765 a que "no se dejaran impresionar del Yndio Curiñamcu del que de los principios de este negocio se baltó el Demonio para sembrar la cezaña en esta tan hermosa Sementera de que se esperaba cojer copiosos frutos".<sup>13</sup> Al mismo tiempo, las autoridades coloniales eliminaron los agravios que enturbiaban las relaciones con las tribus araucanas, repartiendo generosos regalos y ordenando la ejecución de un español que había muerto a un cacique. No menos importante fue la intervención que hicieron en la disputa que dividía a los asentamientos de Boroa y Huequén. Acusados los primeros de ser los autores de una maloca contra Huequén, los hispano-criollos responsabilizaron a Curiñamcu y sus guerreros, quienes "tenían la culpa de todas las desgracias acaecidas, y muerte de los expresados caciques". Lo que se perseguía no era pacificar los conflictos, sino galvanizar el ánimo de los nativos que apoyaban el proyecto de pueblos y eliminar definitivamente la amenaza disidente de Curiñamcu. Las gestiones del maestre de campo Cabrito también estuvieron dirigidas a eliminar el temor que sentían los nativos, en cuanto a que a través del proyecto se introdujera el antiguo sistema de encomiendas o esclavismo. Al respecto, Cabrito aseguraba a los caciques gobernadores que no debían sentir "el menor recelo ni sospecha de servidumbre, esclavitud, mitas ni encomiendas".<sup>14</sup>

La intensa campaña de propaganda desatada por los hispano-criollos contra Curiñamcu fue bastante exitosa. Juan Nancuvilu de Boroa expresó su lealtad durante una conferencia celebrada con Cabrito, "poniéndose la mano en la cerviz que si por el en lo futuro se experimentase el menor tumulto o traición estaba pronto a pagar con su caveza, y mas enfervorizado continuo diciendo [que] el autor de todos estos enredos, y el que ha rebuelto los quatro Butalmapus es el maldito Curiñamcu, y al malo se le ha de cortar la caveza".<sup>15</sup> Juan Antivilu de Maquegua manifestó por su parte que Curiñamcu era "el peor indio de toda la tierra y que le había sofocado con diversos mensaxes que no obedeciese al Señor Presidente, y Maestre de Campo".<sup>16</sup> El cacique gobernador de Angol, Huenulaf, supuestamente superior en rango a Curiñamcu, señaló "lo mismo y con iguales expresiones".

Las muestras públicas de apoyo dispensadas por los caciques gobernadores hacia el proyecto de pueblos y sus manifestaciones de repudio contra Curiñamcu convencieron a las autoridades de Chile de que los disidentes habían sido exitosamente aislados. En consecuencia, Guill y Gonzaga ordenó al maestre de campo que cruzara la frontera y comenzara la construcción de villas; tres columnas fueron enviadas a Angol, Huequén y Niminco a cargo de Cabrito, del sargento mayor Ribera y del capitán Joaquín Barbosa. El comisario de naciones tendría a su cargo la fundación de pueblos en el Butalmapu de la Costa y los capitanes de amigos se encargarían de iniciar las labores en sus respectivos asentamientos. En total se pensaba construir cincuenta villas a través de la Araucanía.<sup>17</sup>

12. "Relación Anónima . . .", *op. cit.*, 180.

13. *Ibid.*, 183.

14. *Ibid.*, 184.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. Pérez García, *op. cit.*, 387; Diego Barros Arana, *Historia General de Chile* 16 vols. (Santiago 1884-1902), 6:233; Horacio Lara, *Crónica de la Araucanía*, 2 vols. (Santiago, 1889), 2:101.

Cabrito fue bien recibido en Angol por el cacique gobernador Huenulaf y sus seguidores. Según escribiera más tarde en su "Diario" el maestre de campo, Huenulaf se sentó frente a él "con sus caciques en su banca y mucho concurso de Indios e Indias. Dicho Gobernador estremo este día un bestido completo de paño encarnado guarnecido todo de galones de oro . . . concluda la funcion passo a cumplimentarme el Gobernador con todos sus Casiques y vasallos, me hicieron sus camaricos de cordero, ternera, aves, alberjas, Huebros, Guindas, habas, Fresas y Pejjes; yo les correspondi con su refresco de vino y tavaço".<sup>18</sup>

El propio Curiñamcu pareció dispuesto a sumarse a las celebraciones, pues se presentó el 24 de diciembre en Angol y solicitó a Cabrito que le entregara una chacara de tierras en el sitio del nuevo pueblo. Asimismo, como los demás caciques, demandó que las autoridades recibieran a un hijo suyo para ser educado cristianamente. Sin embargo, el 25 de diciembre, el *lonko* y alrededor de quinientos conas sitiaron al maestre de campo, mientras otros guerreros atacaron las columnas de Ribera y Barbosa. "Los Araucanos —escribió el abate Molina—, en vez de coger sus hachas cogieron sus lanzas, acuchillaron a los superintendentes, y después de haber reunido quinientos bajo la bandera de su Toqui, sitiaron a Cabrito en su campo".<sup>19</sup>

La osada acción militar de Curiñamcu cogió de sorpresa tanto a los hispano-criollos como a los caciques gobernadores. La más alta autoridad militar del reino estaba prisionera en las manos de los conas, los guerreros habían desplazado sus lazos de lealtad de los caciques a los *lonkos*, y el proyecto de pueblos de indios estaba en peligro de fracasar completamente. A través de un rehén español, los rebeldes solicitaron que Cabrito y Huenulaf se presentaran a negociar una tregua; cuando estas gestiones fracasaron, Curiñamcu ofreció suspender sus hostilidades a condición de que Cabrito y sus soldados abandonaran Angol, manifestando que los conas "no querían las Paces, ni Padres misioneros ni oficiales españoles".<sup>20</sup>

Interesado en conseguir un arreglo adecuado, Cabrito recurrió a los caciques gobernadores leales para que negociaran en su representación con los disidentes. El cacique gobernador Juan Nancuvilu asumió esta comisión y se reunió con Curiñamcu, para manifestarle que los votos de lealtad que habían hecho en el pasado los caciques gobernadores a los europeos eran genuinos y que habían aceptado voluntariamente la fundación de villas en sus tierras "para cuio cumplimiento —escribió Cabrito— y en cuia fe havia pedido a la Real Hacienda los crecidos subsidios de Bacas, Bueyes, Hachas, azadas, haces, y todo lo demas necesario".<sup>21</sup> La respuesta del *lonko* no se hizo esperar. Según los disidentes, "la construcción de pueblos no hera de la mente del Rey Nuestro Señor sino una mera voluntad del Maestre de Campo, del Padre Misionero Juan Gelves, del Comisario de Naciones, del Lengua General y del Capitan de Angol".<sup>22</sup> En síntesis, el *lonko* y sus conas argumentaban que sus acciones rebeldes no eran contra la Corona, sino contra el mal gobierno representado por los principales estamentos de la sociedad fronteriza y sus aliados aborígenes.

Los caciques gobernadores de los poderosos linajes asentados en Repocura y Maquegua también se presentaron en Angol para negociar una tregua con los

18. Salvador Cabrito, "Diario de los eventos que tuvieron lugar durante el sitio de Angol, Nacimiento, 1 de enero de 1767", AGI, ACh, Leg. 257.

19. Molina, *op. cit.*, 2:260; las mejores descripciones de las campañas militares realizadas en 1766-1767 se encuentran en la obra de Vicente Carvallo Goyeneche, "Descripción histórico-geográfica del reino de Chile", CHDHN, Vols. IX, X y XI (Santiago, 1879), particularmente Vol. 2; véase también Gómez de Vidaurre, *op. cit.*, 279.

20. Cabrito, "Diario . . .", loc. cit., día 26 de diciembre.

21. Cabrito, "Diario . . .", loc. cit., día 28 de diciembre.

22. "Relación Anónima . . .", *op. cit.*, 186.



rebeldes. Remulao, hermano del cacique gobernador de Repocura Juan Penchulevi, eventualmente consiguió una entrevista directa entre Cabrito y Curiñamcu. Durante esa conferencia, el *lonko* expresó que no era

culpable de aquella sublevación, y que los mosetones eran los que le habían seguido, y que no tuviese encono con el... la causa que daban los mosetones para la sublevación respondió ser la de los pueblos, y que el se había opuesto a ellos desde sus principios, y que aunque había en el Parlamento General prestado juramento no sabía lo que él había hecho, ni que cosa hera juramentos, y que ningún Señor Presidente se había atrevido a otro tanto, sacando por exemplar a los Excmos. Señores don Gabriel Cano de Aponte, don Joseph Manso de Velasco y a don Manuel de Amat... diciendo que a sus mosetones los maltrataba el Comisario de Naciones y el Capitán Garces... se hincó de rodillas pidiéndome que lo perdonase, que se retirarian a vivir a sus casas, que levantaria el sitio que tenía puesto, y que yo también me retirase con mis tropas.<sup>23</sup>

El 31 de diciembre de 1766, el maestre de campo del ejército imperial apostado en Chile abandonó a pie el paraje de Angol. Sus caballos quedaron en manos de los sitiadores. La columna de los derrotados no estaba compuesta solamente por soldados y milicianos. También engrosaban sus filas comerciantes, conchavadores, colonos y misioneros. "Ha sido lastimoso —escribía algunos días más tarde el comandante del fuerte de Nacimiento— ver venir al Sargento maior, Padres de la Compañía, Capitanes y Tenientes de Amigos, soldados, reservistas, mugeres y niños que estaban en la tierra, algunos desnudos, otros heridos, los mas a pie, y descalzos, traspasados de hambre, hinchados los pies de las fatigas del camino, pero todos esforzados y con ganas de vengar una tan injusta injuria".<sup>24</sup> El edificio de la coexistencia fronteriza que había crecido por décadas, quedaba en ruinas.

Aunque el ataque principal de los disidentes se concentró en Angol, se registraron hostilidades similares en Niminco, Huequén, Marbén, Minas, Chacaico, Purén, Danculco, Tucalque y Tucapel. En Marbén los conas asaltaron la misión y profanaron las imágenes religiosas; en Rucalhue un guerrero pehuenche, vestido con ropas de sacerdote, se dedicaba a celebrar "misas". En Dalculco, cerca de Paicavi, el toqui Colompillan ordenó a sus guerreros que descuartizaran a un prisionero español, cortándole aun estando vivo las manos y los pies y ultimamente la cabeza para remitir estas partes del cuerpo a varias reducciones que esto es lo que ellos llaman repartir la flecha.<sup>25</sup> El número de hispano-criollos muertos no subía de cinco, pero las relaciones entre ambos mundos habían sufrido una dramática transformación. La guerra había retornado a la Araucanía.

### *La reacción del Reino*

El ejército fronterizo había sido humillado y el trabajo de los misioneros deshecho. Todos en el reino, apuntaba un testigo, "ardían por emprender una campaña en regla contra los indios".<sup>26</sup> En una carta al gobernador, el maestre de campo Cabrito escribía:

Señor parece que la Divina providencia ha dispuesto ya la sujeción de esta Nación la que en el día es conseguible quasi sin gastos pues con solo quatro mil maulinos, y dos mil fronterizos que el mes que viene entren por tres partes hasta la jurisdicción de Valdivia

23. Cabrito, "Diario...", loc. cit., día 29 de diciembre.

24. Carta de Pablo de la Cruz al gobernador Guill y Gonzaga, 5 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

25. "Relación Anónima...", op. cit., 190.

26. Barros Arana, op. cit., 6:236; Osses, op. cit., 44.



INDIOS ATACANDO A LOS ESPAÑOLES

De: R. Lloyd, ed., *Impresiones de la República de Chile en el siglo veinte*  
(Londres, 1915), p. 57





dandoles el saqueo, y quien los made con algunas Municiones y Armas, conseguiria quanto se quisiese, y de lo contrario sera preciso coronar a Biobio para sostener sus ynsultos que seran continuos, perder la comunicacion con Valdivia que ya la tienen zerrada, y no sabemos que habran hecho con los que fueron con las Armas y Bacas.<sup>27</sup>

Las expresiones de Cabrito, como cabeza del ejército que había sufrido la deshonra del sitio de Angol, reflejaban seguramente sus resentimientos personales y los de sus más cercanos colaboradores. Sin embargo, sus afanes de venganza no eran aislados. Por el contrario, ellos se insertaban en un nuevo clima de opinión que empezaba a echar raíces en el país y que era propiciado por los miembros de la élite local. Al respecto, el provincial de los jesuitas escribía en una vena similar a la de Cabrito:

Soy de parecer que el atentado escandalosissimo de los Yndios cuias perjudiciales resultados [dañan] hasta el nombre del Christiano, el credito de las armas Catholicas, y todo este Reyno de Chile deve ser castigado con rigor y exemplarmente ... siendo constante y notorio que no han experimentado de parte de los Españoles, sino buen tratamiento, liberalidades y beneficios, haviedo pues correspondido ellos infamemente, acometiendo con traicion a sus Bienhechores y amigos, no cave que quede sin escarmiento tanta exorbitancia. Lo segundo porque si se dexa sin castigo el enorme delito de haver violado la respetable persona del Maestre de Campo, aprisionado y maltratado los principales ofiziales, desterrado con ignominia a tantas misioneros despojandolos de sus haveres, robado y arrebatado el ganado y caballadas del exercito y de tanto español residente en la Tierra; y lo que es mas de haver profanado los santos templos y ornamentos y vasos sagrados, ¿que se podra esperar de esta gente indomita y sacrilega.<sup>28</sup>

Este rápido cambio de opinión respecto a los indígenas entre aquellos que se habían plegado con entusiasmo al proyecto de pueblos fue una reacción natural frente a la violencia del malón de Curiñamcu; pero no se puede obviar el hecho de que esos mismos sectores que comenzaban a agitar la bandera de la guerra a muerte en nombre de tantos principios, habrían sido también los principales beneficiarios materiales del proyecto de pueblos, si triunfaba. Tampoco se puede ignorar lo frágil que resultaron ser sus convicciones respecto a la posibilidad de un plan de sometimiento pacífico de la Araucanía. Es cierto que los conas cometieron atropellos y tropelías, que quebraron las promesas suscritas por los caciques gobernadores y que causaron la muerte de algunos hispano-criollos. Sin embargo, comparada con otras guerras y enfrentamientos, la violencia del malón de Curiñamcu fue mínima y controlada; el movimiento mismo involucró solamente a algunos linajes y no a todas las tribus. ¿Por qué se amenazaba entonces con la guerra total? ¿Por qué no se hacía un esfuerzo por distinguir por lo menos los linajes en pie de guerra y los de paz?

La reacción del maestre de campo y del provincial de los jesuitas no fue un evento único. Sin duda el malón despertó viejos resentimientos y ambiciones en el reino. "Yo amigo —escribió el comisario del Ejército al comandante de la guarnición de Concepción— esto lo veo muy malo si de esta no se determina tomar satisfaccion, y vengarse de las injurias y daños que hacen los Yndios faltando a la palabra, como también al respeto de las armas, y al caracter del empleo de maestre de campo, oficiales de guerra de la Tierra, y ultimamente a sus misioneros, vasos sagrados, ornamentos

27. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, 1 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

28. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, 16 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

y efixies de los santos como en Paicavi lo hicieron repartiendo entre ellos todo".<sup>29</sup> La Junta de Guerra de Concepción, el cuerpo supremo del ejército fronterizo, adoptó una posición confrontacional similar en febrero de 1767. En esa fecha, después de declarar que los indígenas eran enemigos irreconciliables de ambas majestades, los miembros de la Junta abogaron por la continuación de la guerra. "Se ha de reparar . . . tanto en la reputación de nuestras Armas, que aunque ellos ofreciesen y rogasen por la paz, no debería parecer justo el admitirla sin que dieran satisfacción . . . hemos de persuadirnos no se aprovechara cosa, como sobresanar esta llaga encanecida, si no se corta con el azero y cauteriza con fuego".<sup>30</sup>

La rápida transformación del indio libre en enemigo que tuvo lugar en los círculos militares de la frontera, encontró eco en las esferas administrativas de Santiago. Del infundado optimismo que marcó el comienzo del proyecto de pueblos de indios, los ánimos se movieron a un estado de profundo pesimismo, que pronto se convirtió en un espíritu impregnado por el afán de venganza y revanchismo. Guill y Gonzaga, que pocos meses antes había elogiado "la docilidad de los naturales", se convirtió en apasionado defensor de la guerra ofensiva cuando abogó por la realización de una campaña "hasta sujetarlos a perfecta obediencia, a aniquilar a los rebeldes, sacándolos a todos de sus tierras y distribuyéndolos por el reino . . . de modo que no lleguen a unirse ni congregarse, ni quede familia de ellos en sus propias tierras, que siendo las mas ricas y fértiles de minas, se pueblen inmediatamente de españoles".<sup>31</sup> En una comunicación enviada a Cabrito, el gobernador de Chile agregaba:

Me hace gran fuerza que una traicion tan perjudicial, y una insolencia tan estraña quede sin el devido y exemplar castigo, pues si se da al olvido su delito, es insolentado mas con el desprecio, viendo que no se les persigue ni castiga su exceso y atrevimiento tan grande, y confiados en que no se les ha de hacer nada y que han quedado sobre las armas de los Españoles, continuan tantos insultos que nos tendran en un continuo movimiento con crecidos gastos y perjuicios maiormente quando el perfido Curiñamcu ha procurado fundar su traicion, y el movimiento de los demas en que no se les puede castigar por mas insultos que cometan, porque el Rey no permite a los Españoles [que] les hagan daño bajo cuya salvaguardia han procedido. . . . La insolencia de los Yndios ha llegado al punto de cercar al oficial militar de la Frontera que queda de mi segunda persona, de maltratar a los demas ofiziales, de hacer irrision de las Armas Españolas, de poner en fuga a los Padres Misioneros, de matar a los Sentinelas que custodiavan los cavallos, de herir a otros soldados, de disparar ondazos al Maestre de Campo general y sus Ofiziales, y lo que no se puede oir sin dolor llegar a cortar la caveza y brazos de la Virgen Santissima. . . . ¿Pues que se ha de esperar para castigar tanto insulto, y batir a enemigo tan traidor?<sup>32</sup>

Lo que las autoridades políticas y militares del reino demandaban era una guerra sin cuartel, de fuego y exterminio contra los indígenas. Los naturales habían quebrado sus promesas, ofendido las armas reales, causado violencia contra los fieles vasallos de la Corona, profanado los templos y destruido el ambiente de coexistencia que había crecido por años en la frontera del Bío Bío. Si

29. Carta del comisario general del Ejército, Manuel de Salcedo, al teniente coronel Antonio Narciso de Santa María, comandante de la plaza de Concepción, Arauco, 31 de diciembre de 1766, AGI, ACh, Leg. 257.

30. Carta del gobernador Antonio de Guill y Gonzaga al secretario del Consejo de Indias Julián de Arriaga, 1 de mayo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

31. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

32. Carta del gobernador Guill y Gonzaga al maestre de campo Salvador Cabrito, 11 de enero de 1767; Consulta del gobernador al Real Acuerdo, 14 de enero de 1767, y Acuerdo de la Real Audiencia, Santiago, 15 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

existían causas para realizar una guerra justa, allí estaban descritas. Militarmente, la victoria de los nativos podía provocar futuros movimientos rebeldes, renovados afanes independentistas entre los criollos, y hacer real el peligro de una potencial alianza entre los enemigos europeos de ultramar y los aborígenes del país. Para impedir que los nuevos incidentes escalaran y se transformaran en una nueva fuente de desórdenes, gastos y anarquía, se demandaba la represión indiscriminada y total.

Sin embargo, no todos coincidieron con el diagnóstico ni con los remedios que proponían el gobernador, la Junta de Guerra de Concepción y el provincial de los jesuitas. La Real Audiencia del reino, sin desconocer los esfuerzos de la administración por pacificar a los indígenas, estimó conveniente recordar a los demás sectores del país que la médula de la política imperial hacia los araucanos consistía en mantenerse en "Paz, sin guerra, Robos y Muertes", aun en aquellos casos en que los indígenas se alzaran masivamente, profanaran templos o cometieran otros delitos y excesos. El gobernador debía restaurar la paz sin usar medios violentos y, al mismo tiempo, poner al reino en alerta para evitar nuevos conflictos.<sup>33</sup>

Las restricciones legales y logísticas que impuso el Real Acuerdo movieron a Guill y Gonzaga a escribir una temperada respuesta. Para fundamentar su posición hostil hacia los araucanos, el gobernador recordó a los oidores que la idea original del proyecto de pueblos había sido puesta en práctica "sin otro fin que la mayor gloria de Dios en la salvación de sus almas, el servicio del Rey en la obediencia de estos vasallos, y que lograsen estos una vida política y Christiana". Estos objetivos habían sido suscritos voluntariamente por los naturales, con excepción del malvado Curinamcu.<sup>34</sup> Si los conas habían cometido actos de injustificada violencia, solamente correspondía el castigo. "¿Que se ha de esperar para castigar tanto insulto, y batir al enemigo tan traidor? ... ¿O se espera a que se hechen sobre las Plazas y Fuertes quando ya no tenga remedio?", se preguntaba con disimulado rencor el gobernador. En su opinión, había llegado el momento de realizar una maloca contra la Araucanía, movilizandolos amplios recursos materiales y humanos que se agolpaban en las fronteras. Con una nota no menos dramática, escrita por un hombre aquejado por graves enfermedades, Guill y Gonzaga concluía: "Estoy resuelto a ponerme en Camino a la Frontera sin embargo de no haberme perfectamente fortalecido, y de los Caudalosos Rios que en el día se hacen tan respetables, aunque sacrifique mi vida en el camino en servicio de Dios, y del Rey, causa publica y mi propio honor".

Pero la hora del sacrificio que demandaba el gobernador aún no llegaba. Así por lo menos lo decidió el Real Acuerdo cuando reiteró su oposición contra la idea de una guerra total contra los indígenas. Además de esgrimir los antiguos argumentos legales, el Real Acuerdo utilizó en esta ocasión la información que proporcionara el maestre de campo sobre la "repugnancia" que sentían los naturales respecto al proyecto de pueblos, y sus demandas para "que los dexen libres en sus tierras por los mal fundados recelos de su esclavitud".<sup>35</sup> Teniendo presente las intenciones del rey, señalaron los oidores, de no ejercer violencia contra los nativos y de procurar su conquista "sin los amagos del temor, no parece por aora conveniente se destine la tropa que requiere el Maestre de Campo General para las jornadas y entradas a la tierra de Ynfieles en castigo de la desobediencia de un solo Casique sin que tal vez se haia justificado plenamente la culpabilidad e inconsistencia de los restantes". Reiterando las ideas de su comunicación previa, los oidores sugirieron que se reforzaran las

33. Comunicación del fiscal del Real Acuerdo al gobernador Guill y Gonzaga, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

34. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

35. Acuerdo de la Real Audiencia a Guill y Gonzaga, Santiago, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.



guardias de la frontera del Bío Bío y se vigilaran los pasos cordilleranos, que se agilizará el despacho de municiones y alimentos a Concepción, que se suspendieran las licencias a los conchavadores que traficaban hacia el territorio indio, que se retiraran los ganados al abrigo de los fuertes y que se continuara manteniendo movilizadas a los milicianos. Al mismo tiempo instruyeron al gobernador para que, a través del obispo de Concepción, Fray Angel de Espiñeira, se convocara "a todos los Casiques de la tierra, y los exhorte a que con libertad expliquen los motivos de su displicencia". Insistiendo sobre el carácter libre que debían tener las negociaciones con los rebeldes, el Acuerdo recomendaba al gobernador que suspendiera su proyecto de viaje a la frontera para impedir que su presencia causara injustificadas inquietudes entre los naturales. Sin más alternativa, Guill y Gonzaga adoptó las proposiciones contenidas en el Real Acuerdo.

El obispo Espiñeira inició su gestión pacificadora a principios de febrero. Aprovechando la visita realizada a Concepción por los jefes Nahualhuala de Repocura y Lebinanque de Boroa, el obispo los comisionó para que llevaran sus recados a los demás linajes llanistas. Asimismo, instruyó al comandante de la plaza de Nacimiento para que publicara un bando en que disponía "que ninguno de sus vecinos, ni de las inmediaciones durante el regreso de los Casiques los embarace, ofenda u ocasione algun daño directa ni indirectamente, de palabras ni de obra, so graves penas, y que se escribiese a los Comandantes de Puren y Tucapel celasen lo mismo en aquel distrito aun con los Pehuenches aliados a quienes temen grandemente estos Llanistas".<sup>36</sup>

La designación de Espiñeira como mediador en el conflicto causó buena impresión entre los caciques gobernadores. Pedro Thaitaru, cacique gobernador de Boroa, escribió al respecto: "Mi mui Reverendo Padre Provincial. Con la ocasión de hir mi hermano don Juan Nancuvilo a ponerse a los pies del Ilustrissimo Señor Obispo envío a US. en razon a mis Patirus [misioneros] para que me diga V.R. para que tiempo podre hir por ellos porque aqui hemos quedado mui apesadumbrado con su ida".<sup>37</sup>

No obstante, la recepción del obispo en los círculos militares hispano-criollos no fue tan cordial, y muy pronto su papel de mediador fue matizado por tensiones y conflictos. Frente a una demanda de Espiñeira de desmovilizar a los milicianos locales, el maestre de campo Cabrito respondió que no era posible, por razones de seguridad. El fiscal de la Audiencia intervino a favor de Espiñeira, señalando que la movilización de las milicias dependía del gobernador del reino y que los comandantes debían obedecer las instrucciones del gobierno y sus representantes. En sus conclusiones, el Real Acuerdo recomendaba que el licenciamiento del "paisanaje" debía dejarse en manos del obispo, "como que se halla con pleno conocimiento del estado presente de la frontera".<sup>38</sup>

Indudablemente, para muchos soldados la decisión del Real Acuerdo fue vista como un nuevo vejamen contra el ejército, que se sumaba a la derrota en Angol. Por esta razón, la Junta de Guerra de Concepción no cedió con facilidad, manifestando que la presencia de indios armados y vagabundos en los campos recomendaba la mantención de los cuerpos armados. Refiriéndose a las negociaciones iniciadas por Espiñeira con los indígenas, los miembros de la Junta apuntaban con acidez: "En todo ello encontramos muchas espinas, y que no podemos persuadirnos a que sea de algun provecho... Porque siendo esta una Nacion Barbara e Infiel, que no se retrae de violar

36. Carta del obispo de Concepción, Fray Angel Espiñeira, al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 15 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

37. Carta del cacique gobernador de Boroa, Pedro Thaitaru, al provincial de los jesuitas, Boroa, 5 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

38. Carta del fiscal de la Real Audiencia de Santiago al gobernador Guill y Gonzaga, Santiago, 27 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

las solemnes estipulaciones ni por el juramento ni por punto de honra, que no la estima ni tiene, se deve creer que solo obrara bien quando le pongamos en estado de no poder obrar mal".<sup>39</sup> Según los miembros de la Junta, las negociaciones con los indígenas debían tomar lugar solamente cuando los autores del levantamiento hubiesen recibido castigo y se hubieran rescatado los bienes y propiedades robados.

El Real Acuerdo insistió en su posición reconciliadora hacia las tribus araucanas, sin dejarse envolver por la nueva retórica belicista. Por el contrario, los oidores escribieron al gobernador Guill y Gonzaga, argumentando que la Junta de Guerra de Concepción parecía estar embarcada en una campaña de rumores falsos que entorpecía la gestión de Espiñeira; manifestaban que "a fin de que en lo subsejivo corra sin tropiezo este grave importante assumpto, se ha de servir U.S. ordenar de nuevo, y con los apercivimientos necesarios al Maestre de Campo y Junta de Guerra, cumplan con mandado, observando toda conformidad y buena correspondencia con el Illmo. Señor Obispo".<sup>40</sup> Es probable que los oidores asumieran esta actitud porque estaban genuinamente interesados en reducir la autoridad que la guerra dejaba en manos del ejército; otro factor que seguramente influyó fue la cálida recepción que dieron los rebeldes a la gestión de Espiñeira. Curiñamcu escribió al respecto a principios de febrero:

ILLmo. Señor. Le estimo en mi corazon a V.S.I. el trabajo que ha tomado en venir a esa Plaza para sosegar la Tierra, y mirar por el bien de tantos Pobres que estamos padeciendo fuera de nuestras tierras y Cassas. En Repocura encontre los Huelquenes de V.S.I. don Gabriel Sossa y don Alonso Nahuelhuala por quien nos cita V.S.I. para que nos juntemos en esa Plaza, y deseo de la Paz digo que si combienen los demas Casiques a quienes llama V.S.I. en baja el dia aplasado, hire con ellos a ponerme a los pies de V.S.I. pues no deseo otra cosa sino el sosiego, y la Paz para cuio fin, fui a Maquegua a valarme de la intercesion de Antivilu, y empeño de sus misioneros uno de los quales monto a cavallo para hacer con mas eficacia el empeño.<sup>41</sup>

El exitoso sitio desplegado por los rebeldes en Angol y las hábiles maniobras políticas de Curiñamcu habían sembrado serias divisiones entre los sectores políticos hispano-criollos, reviviendo la antigua polémica sobre la conveniencia de la guerra ofensiva. Asimismo, ambos eventos actuaron como un elemento catalizador del conflicto más profundo que latía entre los representantes de la monarquía borbónica y los defensores del poder político y militar acumulado subrepticamente por el patriado local. Circunstancialmente, la Real Audiencia representaba a los primeros, mientras el gobernador y la Junta de Guerra de Concepción actuaban como voceros de los segundos. Cualquiera fuese el resultado de esta lucha, lo importante para este estudio es que las nuevas contradicciones entre ambos bandos fueron creadas por el malón de Curiñamcu.

### *Las guerras intertribales*

Las divisiones surgidas entre los miembros de la élite local y los agentes imperiales en Chile, tuvieron su paralelo en las tensiones étnicas y las disputas intertribales que la nueva guerra generó entre los araucanos. Estas guerras internas se convertirían más

39. Comunicación de la Junta de Guerra de Concepción al obispo Espiñeira, sin fecha, AGI, ACh, Leg. 257.

40. Carta del fiscal de la Real Audiencia de Santiago al gobernador Guill y Gonzaga, Santiago, 10 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

41. Carta de Agustín Curiñamcu al obispo Espiñeira, Repocura, 2 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

tarde en una de las piezas claves de la política introducida por la administración borbónica hacia los indios de la Araucanía, Patagonia y las Pampas.<sup>42</sup>

La rivalidad tradicional que existía entre los linajes llanistas y huilliches del centro y sur de la Araucanía, de una parte, y los pehuenches de la montaña, de otra, cobró nuevos bríos a partir de diciembre de 1766, cuando los pehuenches fueron sorprendidos en la organización de una maloca contra los huilliches liderados por Payllaguala. De acuerdo a los informes que llegaron a los puestos de la frontera, los pehuenches acusaban a Payllaguala de haber sido el autor de un ataque, en las semanas previas, contra una columna compuesta por hispano-criollos y pehuenches, y de haberles robado más de quinientas mulas y cien caballos.

Una vez que las autoridades hispano-criollas se enteraron de las acciones hostiles de Curínamcu contra el maestre de campo, enviaron al capitán de amigos Joseph Valdez a los asentamientos pehuenches de Lolco y Laxa Alto, para que urgiera a Tereupil, Llanacan, Catilab Llaupilao y Guenchunao a unir sus fuerzas a las expediciones punitivas españolas. El arribo de Valdez a los asentamientos pehuenches coincidió con los preparativos que se hacían para maloquear a Payllaguala, descritos previamente. En sus afanes por extraer una venganza apropiada, los jefes pehuenches manifestaron a Valdez que se habrían unido con gusto a las fuerzas hispano-criollas en la frontera, "a no estar con las armas en las manos para los Guilliches".<sup>43</sup> Por una vez, los guerreros de la montaña desertaban a sus antiguos aliados, pero el momento era propicio para castigar a los huilliches, que no podían contar con el apoyo de los llanistas. Asimismo, la entrada del verano forzaba a los pehuenches a abandonar sus refugios temporales en Alicó, adonde habían llegado huyendo de los huilliches, y les obligaba a recuperar sus campos de recolección y caza situados hacia el sur.

Sin embargo, no todos los pehuenches marcharon contra los huilliches. El 4 de enero de 1767, diez días después de iniciado el sitio de Angol, el cacique pehuenche Peynapi se presentó al fuerte de Nacimiento para "ofrecer su auxilio con todos sus Pehuenches".<sup>44</sup> En esos mismos días, los conas pehuenches de Colignir, Manquel y el "capitanejo kona Leviant", llevaron a cabo sus acciones militares. Aprovechándose de la ausencia de los guerreros llanistas, los pehuenches dirigieron sus ataques no contra Payllaguala, como se esperaba, sino contra los asentamientos indefensos de los llanistas. En una carta enviada al maestre de campo el 8 de enero, los jefes pehuenches señalaban "que ellos havian salido de sus tierras en defenza del Maestre de Campo, y [a] acavar con todas las parcialidades rebeladas, y que sus mugeres se reirian de ellos si no ensangrentaban sus Lanzas con los Alzados, de lo que resulto el que tomasen la resolucion de acometer a las Reducciones reveladas de Buereu, Malleco, Chacaico, Requen y Quechereguas, robandoles porcion de ganados, y dejando muertos muchos indios, y entre ellos el principal alzado Cheuquelemu; que los Peguenches perdieron solo dos hombres y regresaban a rehacerse".<sup>45</sup>

Al llevar a cabo sus ataques contra los llanistas, los caciques pehuenches asumieron que el conflicto entre Curínamcu y los hispano-criollos se extendería por toda la Araucanía. Pero como lo demostraron los eventos en Angol, Huequén y

42. Leonardo León S., "La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806", *Nueva Historia* 5:31-67.

43. Carta del corregidor de Maule, Gregorio de Ulloa, al gobernador Guill y Gonzaga, Chillán, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

44. Carta del maestre de campo Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 5 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

45. Carta del maestre de campo Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.



Nimanco, los efectos del malón de Curiñamcu fueron limitados. Así, en la medida en que el peligro de una guerra total con los españoles desaparecía, la posibilidad de una guerra llanista contra los pehuenches emergía con renovadas fuerzas.

A mediados de enero, los llanistas enviaron sus Huelquenes al maestro de campo "diciendome que no me aquexase—escribió Cabrito—si en la maloca que iban a dar al Casique Pehuenche Peynapil morían algunos Españoles, por que a el [el jefe llanista Antibilu] le hera preciso ayudar a los Guiliches con su gente".<sup>46</sup> Teniendo en cuenta la inminencia del ataque contra los pehuenches, la Junta de Guerra de Concepción decidió auxiliar a sus aliados de Laxa y Lolco. Justificando su acción, los miembros de la Junta observaron que era necesario prestar apoyo a los montañeses por "las resultas tan fatales que se seguirían en caso de ser destruida la Nación Pehuenche por la de los Guiliches, lo primero porque nos faltarían estas fuerzas, y lo segundo, porque destruidos se apoderarían de las Salinas, y se harían dueños de los Boquetes de la Cordillera desde Tucapel hasta Longavi".<sup>47</sup> Por razones políticas y de solidaridad, no era conveniente abandonar a los pehuenches.

Para cubrir su decisión con cierto grado de legitimidad y evitar que más tarde se les acusara de interferir en asuntos internos de los indígenas, fomentando sangrientas guerras intertribales, los miembros de la Junta declararon que "el noble y leal Casique de los Pehuenches nombrado Poncoypil" había solicitado auxilios "de gente y armas para salir a consumir a los guiliches". El apoyo que se acordó prestar consistiría en dos compañías de milicias y seis soldados de línea, encabezados por el capitán de infantería Jacinto Arriagada, más veinticinco fusiles. A fin de dejar bien establecida la posición 'neutral' de la administración, el acuerdo de la Junta reiteraba que los auxilios eran prestados para "sostener a esta Nación [Pehuenche], manteniéndose solo en su defenza, sin ofenderles a los Guiliches".

Con todo, la decisión adoptada por la Junta de Guerra de Concepción en cuanto a apoyar a los pehuenches, no fue ratificada por el Real Acuerdo de Santiago. En la sesión durante la cual se discutió el asunto, el gobernador y los oidores concluyeron que antes de brindar apoyo a los montañeses "para vindicar las injurias padecidas por los Guiliches", debía considerarse un informe del obispo Espíñeira. Al respecto, Espíñeira manifestó que Curiñamcu le había hecho saber que deseaba negociar, pero que "entretanto haga por medio de Payllaman o del mejor modo que juzgase que se retiren los Pehuenches, y no nos inquieten mas para que libres de este cuidado podamos declarar a US."<sup>48</sup> Junto con estas declaraciones llegaron a Santiago noticias de una maloca llanista contra el asentamiento pehuenche de Colignir. "Participo a V. Ilustrísima —escribía el fraile de Santa Bárbara al obispo— como el día seis del corriente . . . se passo a esta vanda a Viovio el indio Lienantu, quien dixo venia embiado del Casique Canuemanque a dar parte como los Huiliches (assi parece llaman tambien estos pehuenches a los Yndios de los Llanos segun se dixo en esa misma ocasion) habian muerto al Yndio Colignir por defender a los Españoles".<sup>49</sup> Justificando la muerte de Colignir, el cacique Remulcao, hermano de Penchulevi de los llanistas, manifestó meses más tarde en una conferencia con Espíñeira "que el casique Peguenche Colinhir le havia dicho en su presencia a Curiñamcu, al tiempo de la entrada de dicho Maestre de Campo, le diese la caveza de este para vever chicha en ella, de lo que se escuso Curiñamcu, y que despues el expresado Colinhir havia venido contra ellos con los demas pehuenches, y a su retirada de Angol para su tierra, havia ido con

46. Ibid., 22 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

47. Acuerdo de la Junta de Guerra de Concepción, Concepción, 27 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

48. Carta de Agustín Curiñamcu al obispo Espíñeira, Repocura, 2 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

49. Carta del fraile José Górdán al obispo Espíñeira, Santa Barbara, 9 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

algunos Españoles matando Yndios y corriendo qon quanto encontraba, y el dicho Curíñamcu dixo por este motibo, y por ser hombre de dos corazones (significando hasi un doble animo) le havian muerto".<sup>50</sup>

La muerte de Colignir ahondó las disputas entre pehuenches, llanistas y huilliches, y obstaculizó las gestiones pacificadoras del obispo. Los caciques gobernadores de Repocura y Boroa alegaron pocos días más tarde que no se atrevían a asistir a una conferencia de paz convocada por Espíñeira, manifestando "que los detenía el miedo de los pehuenches". Penchulevi escribió directamente al obispo solicitándole que mandase "suxetar a los Peguenches que nos dicen estan en los caminos, solo para hacer daño". El cacique gobernador llanista Luipay solicitó por su parte al comandante de la guarnición de Nacimiento que le permitiera instalarse en las cercanías del fuerte, "assi por tener mas cerca sus chacaras como por estar mas distante de los Peguenches".<sup>51</sup> Teniendo en cuenta estas demandas, el provincial de los jesuitas escribió al gobernador de Santiago afirmando que era fundado el temor expresado por los linajes llanistas, "pues haviendo muerto Coliguín, no tardara la venganza que tomaran los pehuenches entrando por los dos Butalmapus de la Cordillera y de los Llanos".<sup>52</sup> Sobre el mismo asunto, el capitán de amigos Gabriel Sossa manifestaba que los guerreros llanistas habían recibido noticias de un sitio impuesto por los pehuenches contra el asentamiento de Lumaco, y que los conas de Repocura, Maquegua, Imperial y Boroa habían acudido en auxilio de sus compatriotas. Más adelante agregaba: "Dicen [los Llanistas] estar los Pehuenches en pelotones por los Caminos, asechando a todo pasajero para quitarle la vida, por lo que suplican a S.S. Ilma. mande a los comandantes de las Plazas que los Peguenches sujeten por sus oficiales".<sup>53</sup>

Según se desprende de los testimonios citados, algunos asentamientos llanistas parecían estar genuinamente conmovidos ante un inminente ataque represivo de los pehuenches. Estos temores, basados en experiencias pasadas y particularmente en la maloca desatada por Colignir y Leviant a principios de enero, forzaban a los caciques gobernadores a cerrar líneas con los conas liderados por Curíñamcu. En otras palabras, el apoyo que los hispano-criollos brindaban a los pehuenches y que los había envalentonado en el pasado, solamente fortalecía las posiciones de los sectores confrontacionistas de los llanistas y minaba las posibilidades de una paz negociada con los rebeldes. No obstante, todavía interesados en castigar a los sitiadores de Angol, la Junta de Guerra de Concepción y el gobernador desconocieron las recomendaciones del Real Acuerdo y procedieron a autorizar el envío de refuerzos militares a los pehuenches. En una comunicación al maestro de campo, Guill y Gonzaga expresaba: "El auxilio de tropa miliciana y arreglada con armas y municiones a favor de los Yndios Peguenches, y contra los Huilliches que han intentado usurparles sus salinas, no pudo menos que merecer mi aprovacion por la justa razon de que se amparen unos naturales que jamas han sido reveldes contra nosotros, y antes siempre han ocurrido para ofrecerse contra los Infieles en nuestro favor".<sup>54</sup>

La expedición combinada de pehuenches e hispano-criollos salió de Tucapel el 5 de febrero de 1767, compuesta por 137 milicianos, 16 soldados, 18 voluntarios y un

50. "Acta de la conferencia sostenida entre el indio Curíñamcu y el obispo Espíñeira, Santa Juana, 24 de abril de 1767", AGI, ACh, Leg. 257.

51. Carta del comandante Juan Segundo López al obispo Espíñeira, Nacimiento, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

52. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

53. Carta del capitán de amigos Gabriel Sossa al obispo Espíñeira, Repocura, 12 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

54. Carta del gobernador Guill y Gonzaga al maestro de campo Cabrito, 12 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

número no especificado de conas. Después de una exitosa campaña de malos, se contaron más de 50 huilliches muertos y un gran número de niños y mujeres prisioneros. La columna punitiva retornó a la frontera a mediados de marzo.

El nuevo ciclo de hostilidades que inauguró esta expedición entre pehuenches, llanistas y huilliches produjo un rápido proceso de acercamiento entre algunos segmentos de la etnia pehuenche que habían permanecido al margen del conflicto o que habían solidarizado con los llanistas en el pasado. Ahora buscaban refundir sus lazos con la tribu y sumar sus fuerzas a los guerreros del "capitanejo cona" Leviant. Los gestores de la nueva alianza fueron los caciques gobernadores de Rucalhue, quienes durante el sitio de Angol lucharon al lado de Curiñamcu. De acuerdo al capitán Diego Freire, los caciques Calchichigue y Manquelepi recibieron una oferta de Colhueman de Rucalhue, en la que los invitaba a enmendar pasadas desavenencias. A través de su hijo Pellon, Colhueman reiteró su oferta a Leviant, quien respondió "que le admitiría en Partido con la condición de que havian de entregar todos los cavallos y demas ganados que havian robado en los potreros de Santa Barbara en especial los de los Padres, que le havian de remitir todas sus familias y ganados propios, como el que havian de ir todos ellos a los Llanos por delante de su campo a morir, o vencer".<sup>55</sup> Procurando prevenir cualquier truco de Colhueman que pudiese llevar a la separación de Leviant y sus aliados hispano-criollos, el capitanejo cona declaraba "que el y Penepyl no podian separarse de sus hermanos los Españoles, y que asi no pensaran en otra cosa, que ellos quedavan ensillando sus cavallos".

Para reforzar sus lazos con las autoridades de Chile, Leviant envió al cacique Curin a la frontera a dar cuenta de la campaña que se había realizado contra los huilliches. Durante la entrevista celebrada por Curin con los miembros de la Junta de Guerra de Concepción, quedaron en evidencia algunos de los factores que agravaban el conflicto interétnico. Dando cuenta al gobernador, la Junta de Guerra manifestaba:

Entro el Pehuenche nombrado Andres Curin acompañado de los capitanes Sebastian Tibaja y Joseph Cotan remitido de mensaje por parte del capitan cona Levante e hizo la arenga siguiente: Que venia remitido por dicho Levante a dar parte de su feliz regreso de los Huilliches, y que teniendo presente la cruel muerte que ejecutaron con su Cacique Peguenche Colignir los Yndios de los Llanos por haver sido aliado nuestro cortandole primero las orejas, lengua y brazos, y despues con un hacha la cerviz esperaba tan solo se le diese el auxilio de la gente española para pasar a los Llanos, y tomar satisfaccion de todo, y que en caso de no darsela, sirviese de aviso para que no se les impidiese su entrada, que de lo contrario quedarian resentidos y se arrojarían atropellando con todo aunque perdiesen las vidas y que no seria Razon los desamparasen sus hermanos los Españoles. En esta atencion se procuro insinuando por los medios mas suaves el que se contuviesen; que no pendia de nosotros la franqueza del auxilio, y que podia componerse todo con pagos segun su Admapu; respondió que no; que si le hubieran muerto a buena cavia eso pero que haviendolo muerto con tanta tirania, que no podia ser; que ellos arrearian con todos los Españoles de la Laxa para alla, hasta coger la caveza de Antivilu y Curiñamcu para remitirla a los Huilliches en la misma forma que ellos lo practicaron con Colignir . . . [que] tenían sus Laques, Cuchillos, sables y lanzas y mas cavallos como Leones, y que el brazo de Levante quemava hasta los arboles. Esta Nacion pasa su valor y arrogancia a Barbarie, y sera de sentir sea destrozada porque entonces los Huilliches seran dueños de Salinas, y demas Boquetes de Cordillera, quedando nosotros destituidos de este auxilio. Pidio dicho mensaje en nombre de Levante y Penepil se les permitiese pasar la imbernada de este lado dela Cordillera en

55. Carta del comandante Diego Freire al maestre de campo Cabrito, 24 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.



los paraxes nombrados San Lorenzo, Antuco y la Colcura, y que se compondría su número de mil y novecientas lanzas, que venían en marcha sus familias y ganados.<sup>56</sup>

Caprito y la Junta de Guerra de Concepción, endeudados con los conas montañeses por el apoyo que prestaron durante el sitio de Angol, no estaban en condiciones de rechazar las demandas de Leviant. Además, el interés que tenían por continuar la guerra en la que habían sido derrotados con tanta humillación, los inclinaba a crear un ambiente de tensión e intranquilidad a través de la Araucanía. Como soldados subrogantes de la Corona, los pehuenches jugaban un papel ideal que no comprometía formalmente al ejército, pero cuyas acciones debilitaban militarmente a los llanistas y sus aliados. El obispo Espiñeira pensaba diferente. En su opinión, la entrega de apoyo militar a los pehuenches y la participación de los hispano-criollos en los conflictos intertribales agravaba la situación global, entorpecía su gestión pacificadora y estimulaba el surgimiento de una guerra total. "Las diligencias de la Comisión —escribió el obispo al gobernador— quedan infaliblemente juzgo frustradas en caso de impartirse directa o indirectamente dicho auxilio, y aun sin transcurso que el de no embarazarles el paso del Biobío, o no contener a dichos Pehuenches desta parte quanto sea posible, juzgo inevitables los acontecimientos vengativos de los Llanos contra los nuestros".<sup>57</sup>

Ante el serio dilema de dar apoyo a los pehuenches y alienar definitivamente a los llanistas, o de seguir gestionando un acuerdo político con los rebeldes de Curiñamcu, el Real Acuerdo de Santiago —que hasta allí había resistido las presiones del gobernador y de la Junta de Guerra de Concepción— optó mayoritariamente por la primera alternativa. Describiendo las razones que le forzaban en esa dirección, el Real Acuerdo declaró que se daba ayuda para "salvarlos del peligro de que los Yndios Pehuenches, desunidos de nuestra amistad, o sean exterminados por los contrarios, o unidos a ellos en retorno de nuestro desprecio con otras fatales consecuencias... en atención a que los Pehuenches han manifestado su fidelidad en repetidos actos a nuestro favor".<sup>58</sup> Asimismo, sugería que se diera permiso a los pehuenches para que instalaran toldos en los parajes solicitados por Curin. Respecto al momento en que se les facilitarían soldados, el Real Acuerdo escribió a Espiñeira para que el obispo explicara personalmente a los pehuenches que no convenía realizar nuevas operaciones militares, por lo entrado del invierno. "En la precision de no ceder a dichas representaciones —instruía el Real Acuerdo al obispo— y recelase que disgustados de la negativa puedan alzarse de nuestra amistad y pasar a los enemigos, que en esta contingencia se les conceda el auxilio que el reverendo obispo y Junta de Guerra tubieren por conveniente, señalando oficiales de entera satisfacción que dirixan sus empresas y observen sus movimientos".<sup>59</sup> Con esta decisión, los representantes más activos de la política imperial en el reino concurrían a prestar apoyo a los aliados indígenas, sin importarles las consecuencias militares, políticas y económicas que podía acarrear el recrudecimiento de la guerra intertribal. Por una vez, lo que más importaba era la defensa de los pehuenches.

¿Por qué importaba tanto defenderlos?

El rol de barrera humana jugado por los pehuenches a través del macizo andino, como una contención física a la expansión de los llanistas, de los huilliches y de las

36. Carta de la Junta de Guerra al gobernador Guill y Gonzaga, Concepción, 30 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

57. Carta del obispo Espiñeira al gobernador Guill y Gonzaga, Concepción, 30 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

58. Acuerdo de la Real Audiencia de Santiago, Santiago 13 de abril de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

59. *Ibid.*

tribus de las Pampas sobre las haciendas del Chile central, era indudablemente una razón nada despreciable y que por sí sola justificaba la entrega de auxilios. Tampoco era despreciable el valioso papel jugado por los pehuenches cuando guiaban las expediciones punitivas hispano-criollas hacia el corazón de la Araucanía o hacia las Pampas transandinas. En el caso de los eventos que se analizan, también jugó un importante papel el cambio de opinión registrado entre los patricios locales, los miembros del ejército y la administración, en cuanto a desatar una guerra total contra las tribus araucanas. La disputa entre los partidarios de la guerra ofensiva y los que abogaban por una salida de compromiso desaparecía lentamente, en la medida en que los primeros ganaban fuerzas en un país nuevamente capturado por la heroica imagen del antiguo Flandes Indiano. Si la antigua guerra había servido para establecer las bases del prestigio que gozaban los beneméritos descendientes de los antiguos conquistadores, los nuevos conflictos podían ayudar a consolidarlos. De hecho, el proyecto de fundación de pueblos y la intervención en las guerras intertribales reflejaban una mentalidad expansionista que había estado ausente por décadas en el reino y que ahora explotaba con renovado vigor, alegando por excusa la humillación sufrida por el ejército colonial durante el sitio de Angol.

El reino de Chile se había puesto en pie de guerra y sus instituciones sufrían bajo la tensión de diferentes influencias y viejas ambiciones. Los Cabildos de las ciudades ya no se limitaban a discutir asuntos relativos al abastecimiento de agua o limpieza de calles; como en los primeros años de la conquista, su negocio principal era el 'negocio de la guerra'. En el fondo, lo que comenzaba a estar en juego no era tanto la guerra con los indígenas, sino el control del aparato administrativo y militar local y el fortalecimiento de las posiciones de influencia capturadas por el patriciado. Por estas razones, la continuación de la guerra con los araucanos a través de la manipulación de los conflictos intertribales era un instrumento eficaz utilizado por el patriciado para mantener viva la tensión, aumentar su control local sobre los recursos militares y consolidar el desafío que solapadamente levantaban contra el poder del imperio y sus agentes. En contraste, los rebeldes encabezados por Curiñamcu comenzaron a insistir en sus esfuerzos por eliminar la tensión e impedir que la guerra tomase un nuevo curso con motivo de los auxilios que los hispano-criollos prestaban a los pehuenches. Durante la conferencia sostenida por Curiñamcu con el obispo Espiñeira, el lonko llanista "suplicó" al obispo "que no se le diese auxilio alguno de Españoles, ni Armas a los Pehuenches contra ellos; que si estuviesen solos y se vieses precisados a tomar las Armas, no se espantasen los Españoles".<sup>60</sup> El mismo mensaje fue remitido por el comandante del fuerte de Nacimiento, quien manifestaba que a fines de abril se habían presentado varios caciques llanistas a la guarnición pidiéndole "que se internase entre los Pehuenches, y que los Sres. Illmo. y Maestre de Campo, mandasen a los Pehuenches que no los volbiesen a maloquear".<sup>61</sup>

Sin embargo, ni la decisión del Real Acuerdo de prestar auxilio a los pehuenches ni las demandas de los llanistas tuvieron mayores consecuencias. Irónicamente, la 'pehuenchada', acosada por los largos meses de conflicto, decidió masivamente buscar refugio en los valles de Antuco, Colcura y San Lorenzo, donde comenzaron a levantar sus toldos a mediados de otoño. La guerra intertribal y las posibilidades de una guerra total entre los araucanos y los hispano-criollos se suspendían hasta la primavera.

### *El desafío de los lonkos*

La persistencia de las guerras intestinas impidió que las tribus araucanas formaran

60. "Acta de la conferencia sostenida entre el indio Curiñamcu . . .", *op. cit.*

61. Carta del comandante del fuerte de Nacimiento al maestre de campo, abril, AGI, ACh, Leg. 257.

una alianza militar para luchar contra los hispano-criollos, frustrando de ese modo los objetivos perseguidos por los linajes llanistas rebeldes. Otro evento que debilitó la resistencia indígena contra el proyecto de pueblos de indios, fue la división surgida entre los linajes que apoyaban la fundación de villas en sus tierras y los que se oponían usando la fuerza. Aparentemente, la oposición contra la idea de crear pueblos de indios pareciera haber sido la causa de estas disensiones y el principal motor del malón protagonizado por Curiñamcu y sus aliados. Sin embargo, si esta interpretación fuese acertada, ¿cómo se explica la posición ambigua adoptada por Curiñamcu a través del conflicto? Debe recordarse que durante el sitio de Angol el *lonko* alegó su lealtad a la Corona, al mismo tiempo que encabezaba las huestes guerreras. ¿Qué perseguía realmente Curiñamcu?

El malón de Curiñamcu fue solamente una expresión más de la intensa lucha que tenía lugar entre los tradicionales caciques gobernadores y los emergentes *lonkos* maloqueros a través de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XVIII. Su objetivo principal fue deslegitimar los acuerdos firmados por los caciques gobernadores y las autoridades hispano-criollas durante el parlamento de 1764 en Nacimiento y, de ese modo, consolidar la autoridad de los nuevos líderes. El principal agente de esta empresa fue el propio Curiñamcu.

Si bien durante el parlamento de 1764 Curiñamcu no figuró entre los jefes que negociaron el proyecto de pueblos con el gobernador Guill y Gonzaga, pocos meses más tarde apareció encabezando una pequeña facción indígena que se oponía violentamente a aceptar los acuerdos. Cuando el gobernador ordenó su arresto, Curiñamcu era un jefe menor o capitanejo. Los días gastados en el presidio cambiaron su destino dramáticamente. Los hispano-criollos le dieron al *lonko* el prestigio y la legitimidad que necesitaba para convertirse en líder de los disidentes en Angol y, más tarde, de gran parte de la tribu llanista. Desde ese momento su lucha estaría dirigida contra las autoridades europeas y contra los jefes que aparecían colaborando con ellas, principalmente los caciques gobernadores.

Las divisiones que surgieron entre los capitanejos y *lonkos*, de una parte, y los caciques gobernadores, de otra, se hicieron aun más claras una vez que el gobernador Guill y Gonzaga puso en práctica el proyecto de pueblos de indios. Mientras los caciques gobernadores reiteraban su entusiasta apoyo y percibían sustanciales beneficios materiales, Curiñamcu desató su campaña disidente entre los conas. Como manifestara Guill y Gonzaga en una comunicación enviada al Real Acuerdo, el *lonko* "empezo a resfriar los animos y persuadirlos a que si formavan los Pueblos los Españoles les quitarian sus Tierras y Ganados, se aprovecharian de todos sus vienes y les harian Yndios de Encomienda y se servirian dellos para mita".<sup>62</sup>

Cuando el proyecto de pueblos comenzó a tomar forma, los caciques gobernadores maldijeron a Curiñamcu, pero no pudieron frustrar sus maniobras destinadas a desatar la nueva guerra. Súbitamente, en diciembre de 1766, los caciques gobernadores fueron sorprendidos por el levantamiento de los linajes llanistas asentados en Angol, Huequén, Niminco, Colpi, Lumaco, Repocura, Maquegua, Marvén, Colhue, Bureu, Malleco, Requén, Chacaico, Bureu de la montaña y los pehuenches de Rucalhue. La rebelión estaba dirigida tanto contra los pueblos que se construían como contra el poder y la autoridad de los caciques gobernadores. El propio Curiñamcu repetidamente demandó durante el sitio de Angol que se le entregara la cabeza del cacique gobernador Huenulaf, quien buscó refugio entre los hispano-criollos "porque le querian quitar la vida la noche de la sublevación".<sup>63</sup>

62. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

63. Cabrito, "Diario...", loc. cit., día 26 de diciembre.



El asedio que sufrió el cacique gobernador de Angol a manos de Curinamcu fue similar al sufrido por otros caciques gobernadores en los principales asentamientos indígenas. Al respecto, el maestre de campo Cabrito escribió el 1º de enero de 1767: "Acaban de llegarme avisos como el movimiento es General pues al pobre de Caticura le tienen en prision los de la Costa... Nancubilo el de Boroa paso a prender al Casique Principal de Puren el Biejo y lo logro... Payllaman el de Marben se refugio en Puren".<sup>64</sup> El mismo Cabrito escribió más tarde dando cuenta del destino sufrido por Caticura: "[Caticura] me embia dezir que no solamente no los ha podido contener [a los alzados] sino que recela que lo maten porque no esta con ellos en su dictamen y que el y quatro Casiques, de los suios, estan en ampararse siempre de nosotros, y que por oi venian a ampararse a la sombra de esta Plaza".<sup>65</sup> En Repocura el cacique gobernador Penchulevi "se mantenía firme... con sus tres hermanos defendiendo a la mision y al Padre Alquizar de los insultos de doscientos Yndios que ya se habian declarado alzados".<sup>66</sup> Al cacique gobernador de Boroa el maestre de campo le escribía insistiéndole en "lo mucho que le conviene mantenerse firme, y sugetar a sus mosetones, como el que no padezcan la menor estorcion sus misioneros, pues ya savia les havian quitado sus cavallerias sus Ulmenes".<sup>67</sup>

El cacique gobernador Juan Caticura, de los costinos, uno de los más ardientes partidarios del proyecto de pueblos, sufrió considerablemente bajo la furia de los rebeldes. En la segunda semana de enero, Caticura arribó "con ocho Casiques de las seis reducciones de Arauco" al fuerte hispano-criollo de Arauco, "acompañados de sus familias y ganados a auxiliarse a el abrigo de aquella plaza protestando fidelidad al rey como leales Basallos suios y juntos con el Gobernadorsillo de aquel Allaregue y el dicho Caticura pidieron al Comisario escriviese sobre que saliere nuestra tropa con ellos a buscar a los alzados".<sup>68</sup> El informe enviado por el comandante de la guarnición fue aun más explícito en la descripción de los motivos que forzaron a Caticura a buscar refugio en Arauco. Al respecto señalaba:

Llego tambien el Casique Gobernador de este Allaregue Legua acompañado del Casique Gobernador de Tucapen, Caticura, diciendo este ultimo que tres vastones de los suios venian atras tambien, y haviendome visto estos ultimos dichos Gobernadores, dijo el de Tucapen que venia huyendo de que le quitasen la vida los Enemigos, porque estos dice que le embiaron a decir que si no los seguia lo llevarian amarrado y le quitarian la vida y que por esta razon havia salido de escape a acogerse a esta Plaza, protestando, que le movia a esto la fidelidad del Rey y ser Catholico Christiano, pidiendome a el mismo tiempo que escriviese a US. se procurase castigar a los reveldes alzados.<sup>69</sup>

Según el "Gobernadorsillo" de Legua, no debía aceptarse "que por unos pícaros... pierdan el credito, su quietud y bienes ellos, sin tomar satisfaccion de los dichos inquietadores, y de este mismo sentir fueron y dijeron todos los demas Casiques Amigos".<sup>70</sup> Ante la temeridad y audacia de Curinamcu y sus aliados, los caciques gobernadores cerraban filas.

64. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, 1 de enero de 1767, Nacimiento, AGI, ACh, Leg. 257.

65. *Ibid.*, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

66. *Ibid.*

67. *Ibid.*

68. Carta de Antonio Narciso de Santa María al gobernador Guill y Gonzaga, 12 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

69. Manuel de Salcedo al maestre de campo Cabrito, Arauco, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

70. *Ibid.*

Los caciques gobernadores, que contaban con una sólida base de poder y cuya influencia no palideció con la súbita aparición de Curiñamcu, se mantuvieron firmes en sus posiciones y reiteraron públicamente su lealtad a los acuerdos firmados en el pasado con los hispano-criollos. Juan Antivilu, quizás el cacique gobernador más poderoso de la Araucanía durante este periodo, envió a su primo Chañavilu a expresar su apoyo al maestre de campo durante el sitio de Angol e intentó mediar con Curiñamcu para terminar con el conflicto. Penchulevi envió a su hermano Remulao con similares instrucciones. "Me saludo —escribió más tarde Cabrito describiendo la visita de Remulao— diciendome que le remitía su hermano, para que me dijese, como el y Maquegua [reducción de Antivilu] no havian savido del Yncendio de Curiñamcu y que al mismo tiempo le mandava decir a Curiñamcu apagasse el fuego, y que no passase adelante".<sup>71</sup> Juan Curihuillín y Córdoba, cacique gobernador del asentamiento llanista de Tuftuf, manifestaba en similares términos al maestre de campo: "Hemos sabido la desgracia de Angol, y que estuvo US. cercado de los Yndios lo que hemos sentido mucho, nosotros señor estamos en toda quietud y paz y procuramos tambien que no se inquiete nadie, y que vuelvan a apaciguarse los alzados para esto despachamos nuestro capitan bien acompañado con cien hombres para que de nuevo se certifique a US. que estamos firmes en mantener la paz y amistad con US. tambien le pedimos que nos atienda a los Maqueguanos".<sup>72</sup>

No obstante, era solamente una cuestión de tiempo antes de que los caciques gobernadores sucumbieran frente a las intrigas de los rebeldes y las demandas de sus propios conas. La nueva guerra contra los hispano-criollos proveía gloria, botín, mujeres y propiedades y, por sobre todo, prestigio militar. Los guerreros de los demás asentamientos no podían quedarse de brazos cruzados y observar como Curiñamcu y sus seguidores se apropiaban de estas riquezas. Asimismo, el precario equilibrio de poder que existía entre los diversos clanes y linajes podía sufrir una transformación sustancial con el ascenso de los "angolinos" y Curiñamcu a la cúspide de las relaciones políticas en la Araucanía. Uno de los mecanismos que tradicionalmente detenía este proceso era la participación colectiva en las malocas y la distribución social de las riquezas. En 1767 algunos caciques gobernadores siguieron nuevamente este camino y se sumaron al malón de Curiñamcu, como se desprende del siguiente cuadro.

*Aliados de Curiñamcu durante el malón de 1766-1767*

Cacique gobernador Lebli	Reducción de Lebu
Cacique gobernador Paillante	Reducción de Quiapo
Cacique gobernador Nacupil	Reducción de Ilicura
Cacique gobernador Guaquinamu	Reducción de Purén el Viejo
Cacique gobernador Lebuen	Reducción de Guiquehue
Cacique gobernador Buchaman	Reducción de Caycupil
Cacique gobernador Guidelab	Reducción de Ieneco
Capitanejo Marinan	Reducción de Caycupil
"Indio de Respeto" Maribud	Reducción de Rucarague

Fuente: Declaración del indio mensajero Lepumant, Arauco, 13 de enero de 1767, en "Testimonios de Autos que incluye Diez Cuadernos . . .", *op. cit.*

Penchulevi, el cacique gobernador de Repocura que defendió activamente a los misioneros radicados en los territorios de su parcialidad, enfrentó también el desafío de uno de sus seguidores, el cacique gobernador Vuchucura. Durante una junta

71. Cabrito, "Diario . . .", *loc. cit.*, día 28 de diciembre.

72. Carta del cacique gobernador Juan Curihuillín y Córdoba al maestre de campo Cabrito, 7 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

convocada por Penculevi, escribió el cacique gobernador Catricura a Cabrito: "Distinguióse la parcialidad de Vuchucura aquel viejo a quien Ud. dio baston en el Nacimiento, todos con cotas de malla a lo Peguenche con vandera colorada por estar publicamente alzado".<sup>73</sup>

Las autoridades coloniales de Chile no tardaron en reconocer tanto las divisiones que existían entre los antiguos caciques gobernadores y los líderes advenedizos, como la precaria posición en que se encontraban los primeros por rehusar a participar en el malón. Después de elogiar la lealtad mostrada hacia la Corona por los caciques gobernadores Payllaman, Guenulaf, Leuvu y Catricura, el provincial de la orden jesuita escribió: "Aunque algunos de aquellos Caciques quieren mantenerse leales, y no seguir a los reveldes como el poder de ellos se reduce a dar buenos consejos, siempre prevalecerá el maior numero y violencia de los mozetones. Antuvil [Antivilu de Maquegua], como tan apasionado por los Huilliches, y Enemigo de los Pehuenches, y finalmente como Yndio, y como tan solicitado por Curiñamcu, ya parece empieza a desacreditar las buenas muestras que havia dado en el pasado. Según esto, sino toda, casi toda la tierra esta alzada".<sup>74</sup> El mismo provincial escribió un mes más tarde manifestando que los caciques gobernadores costinos habían justificado los actos de violencia y atrocidades cometidos por sus conas, argumentando que "si en Paicavi hubo alborotos y excesos no habia sido culpa de los Casiques sino de los mozetones".<sup>75</sup> Sin embargo, fue el obispo Espíñeira quien mejor describió la situación política creada en la Araucanía con el surgimiento de Curiñamcu y sus aliados como poderosos rivales de los caciques gobernadores. De acuerdo al obispo, los caciques gobernadores demandaban la reconstrucción del antiguo fuerte de Tucapel, el cual, según ellos, les serviría como un medio "que sirva de freno para contener cualquier insolencia o inquietud de los otros Butalmapus y mozetones, y las Cavezas de ellos puedan ser mas respetadas y dar cumplido obediencia a las ordenes del Superior Gobierno".<sup>76</sup> En un momento de crisis, los caciques gobernadores reforzaban los lazos de amistad con los hispano-criollos. Con sus propias bases de poder y autoridad erosionadas, uno de los mecanismos que podía ayudar a restaurarles el prestigio perdido era el fortalecimiento de la alianza política que en las décadas previas habían forjado con los blancos.

Mientras los caciques gobernadores se comprometían aun más con los hispano-criollos, Curiñamcu y sus aliados persistieron en su rebeldía. Según una comunicación de Catricura, el *lonko* angolino envió sus mensajeros a la junta de caciques realizada por Penculevi en Repocura para que manifestaran en su nombre que "ya se acabo en Chile, el nombre de Curiñamcu que ya su nombre en adelante habia de ser Zorro; que ya no viviria entre los hombres sino entre las fieras, que sus intentos havian sido la Caveza del Maestre de Campo, que esperaba de estos [los caciques reunidos] que no lo dexasen solo, que los Españoles no eran capaces de atropellarlos".<sup>77</sup>

73. Carta del cacique gobernador Juan Catricura al maestre de campo Cabrito, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

74. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, 19 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

75. *Ibid.*, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

76. Carta del obispo Espíñeira al maestre de campo Cabrito, 13 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257; durante la conferencia que sostuvo ese mismo día Espíñeira con los caciques gobernadores del Butalmapu de la Costa, el cacique gobernador Catricura manifestó que "el modo de componer la tierra, y asegurar la Paz, es que les vuelban sus Patirus, y que les pongan un fuerte en Tucapel, que este es el modo de sugetar a los mozetones y el que tengan respeto assi a los Padres Misioneros como a el". (Subrayado nuestro).

\* El *lonko* llanista jugaba con las palabras. Su nombre, traducido al español, significa "Aguilucho Negro"; de allí en adelante se le conocería por Epumer.

77. Carta del cacique gobernador Juan Catricura al maestre de campo Cabrito, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.



El antiguo "aguilucho" sumaba a sus cualidades la astucia y la sagacidad del zorro montañés. Solamente restaba ver hacia qué lado se inclinaba la balanza de poder político y qué curso seguirían los conflictos internos y la nueva guerra con los hispano-criollos. Lo importante para Curiñamcu es que había conseguido convertirse en cabeza de los conas y de las castas militares de la Araucanía. La Junta de Guerra no pudo ignorar este hecho cuando expresó, en marzo de 1767, que era inútil negociar con los caciques gobernadores. "Son unos miseros y desvalidos los casiques que ofrecen la paz".<sup>78</sup> El poder político y militar de las tribus del sur en esos momentos estaba en manos de Curiñamcu.

### *El nacimiento de un cacique araucano*

El rápido ascenso de facto de Curiñamcu al liderazgo político y militar de los principales linajes araucanos fue el resultado de la conjunción de factores que han sido sucintamente expuestos en las páginas previas. Respecto al mundo de los hispano-criollos, se ha mencionado el porfiado interés de la administración encabezada por Guill y Gonzaga de llevar a cabo un proyecto poco realista e impopular, escasamente probado y basado casi totalmente en la participación voluntaria de los indígenas. Asimismo, se ha mencionado la incompetencia del gobierno colonial y su tardía reacción ante el malón de Curiñamcu. Tratando de encubrir sus propios errores y frustración, Guill y Gonzaga, el maestro de campo Salvador Cabrito y la Junta de Guerra de Concepción, se dejaron envolver por una retórica bélica y confrontacional completamente opuesta a sus planes pacifistas originales. Al asumir esta posición, la administración intentó representar los sentimientos de indignación que imperaban entre los patricios y los soldados del reino, cuyo principal interés consistía en mantener el estado de tensión en las fronteras para consolidar sus posiciones de influencia política y manipulación económica en el gobierno del país.

El malón de Curiñamcu sirvió de vehículo para que se expresara una vez más el sordo conflicto de intereses que prevalecía entre los genuinos representantes del poder imperial y los hispano-criollos del país. Así, la dicotomía entre criollos y peninsulares se disfrazó con los ropajes de los que defendían una salida de compromiso con Curiñamcu y los que abogaban por la guerra total y de exterminio del indígena. La Real Audiencia y el obispo Angel Espíñeira surgieron como los principales defensores de la política de compromisos propiciada por los borbones, interviniendo activamente en la pacificación de los ánimos y en el entorpecimiento de los proyectos bélicos auspiciados por la élite local. La guerra interna que se desató entre pehuenches, huilliches y llanistas en el marco de las hostilidades iniciadas con el sitio de Angol, y la intervención armada de los hispano-criollos, se convirtieron en el vehículo de esta contradicción. Sin que la discusión fuese resuelta, el peligro de una guerra intestina fue superada con la llegada del invierno de 1767.

En el mundo indígena, el ascenso de Curiñamcu a la cúspide del poder político tribal se explica en parte por el rápido deterioro de la autoridad de los caciques gobernadores, una vez que suscribieron el proyecto de pueblos de indios durante el Parlamento de Nacimiento en 1764. Curiñamcu se aprovechó del descontento y sospechas que inspiraba el proyecto entre las etnias para movilizar sus propias fuerzas y ganar influencia entre los demás linajes. El exitoso sitio de Angol—la batalla decisiva en la guerra política de Curiñamcu—dejó en evidencia la audacia y la astucia del *lonko* y pavimentó su camino hacia el liderazgo informal total. Con el deterioro de la guerra interétnica entre pehuenches, llanistas y huilliches, Curiñamcu estuvo en condiciones de cosechar aun mayores glorias, desatando su furia contra los oportunistas guerreros

78. Acuerdo de la Junta de Guerra de Concepción, Concepción, marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

de Leviant. Al respecto, el capitán de amigos Gabriel Sossa informaba en marzo de 1767 que durante una junta celebrada por Penchulevi en Repocura "concurrio el Yndio Curiñamcu por su llamado, en la que oyo el declarante se trato de auxiliar al Yndio Huiliche Linconau para dar contra los Pehuenches, a lo que respondió Curiñamcu que le subministrase para ello trescientos hombres con el cargo de que no lo desampararian, y antes si le havian de ayudar, añadiendo no tener miedo de los Españoles, y solo si a los Pehuenches, a lo que respondió Penchulevi y los demas, que no le desampararian y que si lo ayudarian".<sup>79</sup> La Junta de Caciques reconocía de ese modo el poder de Curiñamcu.

El surgimiento de Curiñamcu entre los principales líderes de la Araucanía creó una nueva situación política a través del territorio indígena, la cual alteró radicalmente las bases sobre las cuales se habían desarrollado hasta allí las relaciones fronterizas entre los hispano-criollos y los naturales. Para los hispano-criollos existían por lo menos dos alternativas: insistir en el proyecto de pueblos y arriesgar una confrontación total contra los deseos expresos de la Corona, o buscar una solución pacífica por la vía del compromiso. Cualquiera fuese la elección en los años que vendrían, no se puede olvidar que el autor del dilema fue el oscuro capitanejo de Angol. "Aunque me hallava llano de la astucia y audacia de Curiñamcu —escribió el maestre de campo Cabrito—, todo ha sido nada en comparacion de lo que he palpado y experimentado pues este Demonio tuvo arte de combinar a toda la Tierra, y de hacerles hacer el papel de Judas".<sup>80</sup>

79. Declaración jurada del capitán de amigos Gabriel Sossa ante la Junta de Guerra de Concepción, 10 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

80. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Antonio de Guill y Gonzaga, Nacimiento, 1 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.